

vista de lo que ha escrito el capitán del 4º batallón, D. Pedro Martínez, he dispuesto que el comandante Borda, hecho prisionero de guerra el día 5 del actual, quede en absoluta libertad, cuyo jefe piensa emprender mañana su marcha á ese punto. Espero que, en consecuencia, se servirá vd. mandar poner en completa libertad y auxiliar en lo necesario la marcha del expresado capitán Martínez para esta Plaza, en lo que dará vd. una prueba de la caballerosidad que lo distingue.—Sin otro asunto queda de vd. muy atento S. Q. S. M. B.—El general de brigada, *Carlos Oronoz.*”

Teniendo noticia el Gobierno General de la acción del Tullillo y de las jornadas de Zitácuaro del 1º al 5 de Julio, expidió en 24 del mismo mes despacho de General efectivo de Brigada al coronel Vicente Riva Palacio. Con este motivo y con el de la defección de Elizondo y acaso creyendo ya en las de Uraga y Caamaño, el Sr. Juárez escribió á Riva Palacio desde Monterrey, con fecha 24 de Julio, la carta siguiente: “Sr. General D. Vicente Riva Palacio.—Mi querido amigo:—Felicitó á vd. por su constancia y por sus esfuerzos en favor de la independencia y libertad de la patria. Siga vd. trabajando, en el concepto de que hoy serán más eficaces nuestros trabajos, porque en nuestras filas sólo quedan hombres de fe y de corazón.—Los que vacilaban, ya se han separado.—Remito á vd. su nombramiento de general efectivo de brigada.—Soy su amigo afectísimo Q. B. S. M.—*Benito Juárez.*”

CAPÍTULO XIV.

(1864)

Situación de Caamaño.—Aleja de su lado á Eguiluz.—Llegada de Uraga.—Su viaje á Coeneo.—Junta de patriotas.—Defección de D. Antonio Huerta.—“Más tarde.”—El coronel Hernández.—La marcha de Caamaño.—Prisión del Lic. Alipio Gaitán.—Una junta de jefes.—Villada á la cabeza del ejército.

Dejamos á Caamaño de regreso de Uruapan, víctima de las vacilaciones de su espíritu, fluctuando entre la idea de seguir á Uraga, adhiriéndose al imperio, ó de llamar á su lado á los patriotas de Michoacán y abrir una campaña de valor, de constancia y de patriotismo, y perecer en ella ó ver el triunfo de la República. Sus enemigos políticos lo rodeaban de obstáculos, lo hacían objeto de serias desconfianzas é iban formando contra él una verdadera tempestad.

Uraga le había asegurado que los guerrilleros todos de Coeneo estaban comprometidos á seguirlo en su cambio de bandera, y por su parte Caamaño creía que los jefes de su división obedecerían ciegamente sus órdenes. De esta creencia sólo exceptuaba al coronel D. Miguel Eguiluz, tanto porque de años atrás conocía la firmeza de sus principios, como porque sabía que estaba estrechamente unido al general Régules, retirado entonces del servicio, pero presto á saltar á la lucha cuando las circunstancias lo exigieran. Por tales consideraciones, Caamaño procuró alejar á Eguiluz de Uruapan, y al efecto, en los primeros días de Julio le dió orden de que fuera á encargarse de la línea de Ario, llevando consigo su brigada compuesta de doscientos infantes al mando del coronel Luis

BIBLIOTECA ALFONSO
RIVERA
C. A. E. E.

G. Cáceres, doscientos de la misma arma á las órdenes del teniente coronel Antonio Domínguez, y los cien dragones "Lanceros de Toluca" de que era jefe nato el mismo Eguluz.

Las demás fuerzas de la división se habían estado reconcentrando en Uruapan hasta completar un efectivo de dos mil plazas, poco más ó menos.

Aun era tiempo de que los consejeros íntimos de Caamaño lo condujesen por el buen camino. Había momentos en que este general se sublevaba contra la idea de traicionar; y precisamente acababa de citar una junta de honor en la mañana del día 11 de Julio, con el objeto de hacer patentes la situación política del país, el estado que guardaba el Ejército del Centro, y los proyectos de su general en jefe, cuando intempestivamente llegó un oficial que venía de camino, con el traje empolvado y jadeante de fatiga el caballo. Se dirigió á Caamaño y le pidió alojamiento para los generales Uraga, O'Horán y Emilio Rey, y para su comitiva, así como cuartel para cien hombres de infantería que los escoltaban.

Como una bomba que estalla cayó esta noticia á Caamaño quien, según sus conferencias con Uraga, suponía á este jefe marchando para León, á gran distancia de Uruapan.

Ya no se verificó la junta. El Gobernador mandó ensillar á toda prisa y fué á encontrar al General en Jefe. Ya en Uruapan, Uraga mandó llamar á Caamaño á su alojamiento, habló con él extensamente, lo apremió, lo sedujo, lo hundió en el abismo infame de la traición.

El día 13 por la mañana, Uraga salió de Uruapan con rumbo á Coeneo, escoltado por la pequeña fuerza que mandaba su hijo Ciro y por el cuerpo "Lanceros de la Libertad," á las órdenes del coronel Eugenio Ronda.

En el mismo día, formada en la plaza la división de Michoacán, estaba próxima á emprender su marcha. A fin de no hacer confusa la narración, seguiré por ahora al ex-general en jefe en su camino de la Sierra, dejando para luego la historia de Caamaño.

La comitiva pernoctó el día 13 en Nahuatzen, y llegó muy temprano á Coeneo al día siguiente. Para referir lo que pasó en aquel pueblo, tomo datos y aun párrafos íntegros de un artículo publicado por el periódico *La Municipalidad* que redactaba el Sr. Rafael Chávez Carrillo, uno de los patriotas que hicieron toda la campaña de Michoacán.

El 15 se verificó en Coeneo una junta á que concurrieron los patriotas más prominentes de aquel pueblo, de Quiroga y de Zacapu. "En la reunión, Uraga, tirando la careta, les manifestó que en aquella hora el Ejército del Centro había ya desaparecido, y que á los presentes no les quedaba otro recurso que reconocer al imperio." Con profunda indignación fueron escuchadas las palabras del general: contra ellas protestaron Garnica, Serranía y otros; y el general, reprimiendo su genio violento, procuró dar contestación reposada á cada uno de los que hablaron. Tomando un tono familiar les decía: "no sean ustedes tontos; si ahora nos hacemos traidores, es para traicionar mañana á la misma traición; vean claro las cosas; si por el momento nada podemos hacer, más tarde lo haremos todo. Sí, señores, *más tarde*." Las últimas palabras subrayadas, llegaron á ser proverbiales, y siempre que entre la gente del pueblo se hablaba de un futuro contingente, se decía: "*Más tarde, como dijo Uraga*."

"Ronda expuso en la junta que tenía comprometido su crédito particular en ochocientos pesos de vestuario y equipo que había gastado en su fuerza, á lo que Uraga contestó que no era esto un inconveniente, que formara el presupuesto de una quincena de *haber* para pagárselo inmediatamente; le dijo, además, que D. Antonio Huerta estaba nombrado General en Jefe de la línea, y que con él seguiría entendiéndose para todo lo relativo al servicio.

"Lo manifestado por Uraga y la salida ambigua de Ronda, produjeron tal indignación en los concurrentes, que no pudo ocultarse á Uraga, quien prosiguió diciendo: "Señores, deseo saber cuál es su última resolución....."

"Nadie contestó.

"En ese instante la veloz carrera de un caballo, cuyas pisadas cesaron en la puerta de la casa donde se verificaba la

BIBLIOTECA ALFONSO
RUIZ GARCÍA
CALLE DE LA LIBERTAD, 10
MEXICO, D. F.

reunión, vino á distraer á las personas que allí se encontraban. Poco después entró á la sala un individuo que traía el cuerpo ligado desde el vientre hasta el pecho,¹ quien se dirigió á Uraga y le entregó un rollito cubierto con lacre, dentro del cual estaba una carta, entablándose entre ambos el siguiente diálogo:

—“¿De dónde vienes, hijo?”

—“Vengo de Pátzcuaro, mi general.”

—“¿Quién te manda?”

—“El señor general Caamaño, que llegó ayer á aquella ciudad.”

“Uraga comenzó á leer en secreto, y repentinamente exclamó, enseñando la carta á los que estaban cerca de él: “No queda un solo soldado en el Ejército republicano en todo Michoacán.”

“Pero al decir esto, Uraga palidecía intensamente. Se puso en pie, y sin poderse contener, se dirigió á su hijo Ciro primero, y luego á los concurrentes:

—“Manda ensillar y que carguen las mulas. Señores, se da por terminada la junta.”

La agradable noticia que contenía aquella carta y que Uraga recibió con tanta cólera como despecho, fué adivinada por los vecinos patriotas que estaban presentes, quienes en seguida se dirigieron á la casa del comandante Antonio Lara, en donde se improvisó un banquete animado en que reinaron la alegría y el entusiasmo. Hubo abrazos, brindis, juramentos de pelear por la patria.

“En la calle y en las demás casas se participaba del gozo. Los soldados del cuerpo “Lanceros de la Libertad,” que andaban francos, pretendían desarmar las fuerzas de Uraga, embargar las cargas y matarlo, lo mismo que á Huerta y á Ronda, pues se había divulgado la noticia de que estos dos últimos estaban solemnemente comprometidos con el primero á pasarse á los traidores.

“Lo cual, observado por Garnica y Rangel, fueron á conferenciar sobre el particular con Ronda.

¹ Así se ceñían el cuerpo los correos de á caballo, cuando caminaban á todo escape.—(Nota del autor.)

“Este, que se ocupaba de formar la cuenta y el presupuesto de que hemos hecho mérito, alarmado por lo que aquellos le acababan de decir, mandó tocar reunión, y una vez estando formada la fuerza dentro del cuartel, les dirigió la palabra á sus soldados, dándoles una satisfactoria explicación de su conducta, y protestándoles que derramaría á su lado hasta la última gota de su sangre por la independencia de su patria.

“En esa misma tarde salió Uraga para Zipimeo, acompañado de D. Antonio Huerta y escoltado por la fuerza de su hijo Ciro.”

Ronda no desistió de recoger los ochocientos pesos que le había prometido Uraga, y envió al comandante Manuel Barboza, su secretario, y á su pagador el capitán Juan Delgado, á la hacienda de Zipimeo, en donde Uraga, todavía confiando en atraerse á Ronda, entregó el dinero que..... sirvió para haberes de los chinacos.

En Zipimeo esperó Uraga á Márquez. Ambos hablaron largamente en conferencia secreta. En seguida aquél presentó al jefe imperialista á D. Antonio Huerta, hermano del general D. Epitacio del mismo apellido, que habiendo caído prisionero en Puebla se hallaba entonces en Francia. Uraga dijo á Márquez que D. Antonio Huerta figuraba como coronel en las filas de los liberales, que había militado siempre en el partido de la República y había sido uno de los hombres que tenazmente había luchado por las leyes de Reforma; pero que, convencido de que la mayoría de la nación era contraria á la causa que hasta entonces había defendido, venía á ponerse á las órdenes del imperio, y que en premio de esta adhesión le había concedido el grado de general.

D. Antonio Huerta, que no tenía más méritos que ser un hombre valiente y la honra de ser hermano de D. Epitacio, pero que carecía de talento, oyó impasible el discurso apoloético de su persona, y no salió de sus labios una sola palabra. Hecha la presentación, se le confirió el mando de la línea de la Piedad á Coeneo, que no llegó á desempeñar, porque se fué á vivir á Morelia durante algún tiempo, y ya lo veremos aparecer en escena, *¡más tarde, como dijo Uraga!*

Los dos generales se ocuparon en Zipimeo de escribir va-

BIBLIOTECA ALFONSO DE LA FUENTE

rias cartas á Echeagaray y á otros jefes del Ejército del Centro, invitándolos á que se unieran al imperio. Después Márquez regresó á Morelia y Uraga se dirigió á León, despreciado por el partido liberal y juzgado mal por sus nuevos correligionarios. Véase cómo se expresa de él un historiador, el general Thoumas, en su obra "Les français au Mexique:" "Sometiéndose al partido del imperio, Uraga no arrastró consigo su división, cuyos jefes y oficiales protestaron contra la monarquía. Estuvo á punto de ser arrestado y se salió con una escolta de cien jinetes, hasta llegar á la línea de la división Márquez. Uraga perdió toda su influencia, porque su probidad recibió una tremenda herida, cuando se supo que había depositado en poder de algunos comerciantes alemanes de Colima una suma de doscientos mil pesos, provenientes de dilapidaciones." Si esta imputación es cierta, fuerza es desmentirla en lo que toca al origen del dinero, pues que eran tan exiguos los recursos con que contaba el Ejército del Centro, que jamás se contó con una cantidad en efectivo tan considerable. De otras arcas ha de haber salido esa suma.

Fíjense los lectores en que la traición de los jefes que militaban en el campo liberal, fué impotente para derrocar la República, en tanto que la de Maximiliano y López en Querétaro, y la de Márquez en no ir á auxiliar á aquella plaza, como se le había ordenado, fueron mortales para el imperio.

El mismo día 13 en que Uraga salió de Uruapan para Coeneo, la división de Michoacán, compuesta como he dicho de dos mil hombres y doce piezas de artillería de montaña, emprendió su marcha, según decía la orden general, rumbo hacia Ario.

Caamaño dejó en Uruapan nombrado Comandante Militar del Departamento, al coronel D. José María Hernández, jefe del batallón de guardia nacional de Toluca.

Era Hernández un hombre de edad senil, de quien diré unas cuantas palabras. Al avanzar al interior de México las fuerzas de la intervención, Hernández, que había sido nombrado por los oficiales y la tropa de aquel cuerpo, coronel del

batallón, abandonó una panadería de que era propietario, y con recursos propios equipó á sus soldados y marchó á la campaña. Fué en ella constante, batiéndose siempre con valor y conduciéndose con dignidad. Se le consideraba como el tipo más puro del patriotismo, y todos lo queríamos con respeto y ternura, y le llamábamos *Don Josecito*. En los tres años y medio que duró la campaña en Michoacán, el coronel Hernández sirvió siempre en aquel Estado. Ocupada por nuestras tropas la ciudad de Morelia, en las postrimerías del imperio, el coronel Hernández regresaba á Toluca cuando lo sorprendió la muerte en Acámbaro la noche del 15 de Mayo de 1867, pero habiendo tenido antes el gusto de saber por un extraordinario violento que iba á Morelia, que Querétaro había caído ya en poder de los republicanos.

Ahora bien: nombrado el coronel Hernández Prefecto de Uruapan, tuvo que dejar el mando del segundo batallón de Toluca, haciendo entrega de él interinamente al comandante José Vicente Villada. Me acuerdo que ví entonces á Don Josecito presa de una inquietud terrible, que no se calmó sino después de hablar con el Lic. D. Antonio Florentino Mercado. Su conversación en voz baja, era muy animada, y observé que el coronel Hernández asentía en todo á las indicaciones ó consejos del Sr. Mercado.

Como una circunstancia importante para el desarrollo de los sucesos que estoy ahora refiriendo, hay que advertir que el general Caamaño había confiado al coronel Hernández el secreto de sus proyectos, manifestándole que precisamente lo dejaba en Uruapan para no complicarlo en su realización. Hernández, á su vez, después de la conferencia con Mercado, impuso de ellos á Villada y habló con este jefe extensa y reservadamente.

La tropa, como he dicho, salió en la mañana del día 13. Caamaño permaneció allí hasta después del medio día. Se paseaba taciturno en el portal de las casas consistoriales, no lejos de sus caballos que estaban ensillados. Durante la comida, que le llevaron á la secretaría del Ayuntamiento, estuvo silencioso, sin mirar siquiera á las dos ó tres personas que lo acompañaban á la mesa.

Serían las dos de la tarde cuando emprendió también su marcha en pos de la división.

En Taretan, Caamaño se alojó en la hacienda de aquel nombre, mientras que su tropa lo hacía en la población y en el ingenio de azúcar de Acúmbaro. No parecía sino que el general tenía empeño de aislarse de sus soldados.

En esa noche mandó reducir á prisión al Lic. Alipio Gaitán, oficial mayor de la Secretaría de Gobierno, quien en la mañana de aquel día había estado poniendo comunicaciones reservadas que le dictó el mismo Caamaño. Gaitán fué conducido al cuartel de Villada, con orden á este jefe de que lo vigilara cuidadosamente. Ambos, el guardián y el preso, se hicieron mutuas confidencias acerca de la próxima defección del general.

Es de llamar la atención que Caamaño obrase con tanta ligereza, cuando era él tan cauto y tan reservado.

Antes de continuar el relato, es justo tributar un recuerdo á Gaitán. Era este joven abogado oriundo de Tacámbaro, había hecho sus estudios en el colegio de San Nicolás de Hidalgo, cultivaba las letras y tenía un corazón henchido de amor patrio. Sirvió al Gobierno legítimo durante toda la campaña, ya sucesivamente como juez de letras en varios distritos, ya como asesor en el ejército, ó como empleado en la Secretaría de Gobierno. Al triunfo de la República, el Presidente Juárez lo nombró juez de Distrito de Michoacán, y desempeñando este cargo, falleció algunos meses después del triunfo de la República.

Como resultado de la conferencia entre Gaitán y Villada, este último citó á su alojamiento al coronel Francisco Landa, mayor general de la división, al teniente coronel Espiridión Trejo y al comandante de escuadrón Justo Trejo. Tuvieron una larga conversación y se despidieron, manifestando grande alegría.

Al día siguiente se continuó la marcha rumbo á Ario. En la hacienda de Chuen, el general Caamaño mandó tocar alto, y por su parte el mayor general Landa dió orden de que la fuerza formase en batalla sobre una loma inmediata. Como esta orden no había sido dada por Caamaño, llamó la aten-

ción de este jefe, quien por algunos instantes permaneció indeciso ante aquella inexplicable actitud de sus soldados.

Caamaño estaba rodeado de un grupo de cinco personas.

Había llegado para él el momento supremo. Su mirada era hosca, siniestra; más de una vez se limpió con el pañuelo el sudor de la frente; apretaba, sin saber lo que hacía, los ijares de su caballo; tenía el rostro encendido, y con voz trémula por la emoción, mandó á su clarín de órdenes que diese el toque de marcha. Los clarines de los cuerpos iban ya á repetir, cuando el general observó que Villada y los Trejos recorrían las filas, hablando con los jefes y oficiales. Con acento nervioso mandó de nuevo al clarín que repitiese el toque, pero de nuevo, por orden de Villada, guardaron silencio los de los cuerpos.

Entonces Caamaño se puso intensamente pálido, habló en voz baja con el comisario general D. Miguel Bernal y con el pagador M. Valenzuela, quienes en el acto arrearon las mulas del *equipaje* y á trote largo se alejaron del sitio. Caamaño, en seguida, envió á su ayudante Martín Acevedo para que comunicara la orden de marcha. Acevedo transmitió el mandato á Landa; pero agregó de su cuenta que él también se quedaba al lado de la tropa. El general desprendió luego de su lado, con la misma comisión, á Miguel Adorno, jefe de su Estado Mayor, y este apuesto oficial, de quien hablaré más tarde, llegó á las filas gritando: "¡Viva la patria! ¡Viva Michoacán!" Finalmente envió á la última persona que le acompañaba, al coronel de Lanceros de Toluca, Manuel García, quien llegó á la columna exclamando también en alta voz: "¡Viva México! ¡Mueran sus malos hijos!"

Todos los cuerpos secundaron con entusiasmo aquellos vivas y aplaudieron de la misma manera una pequeña, pero enérgica arenga, que les dirigió el comandante Villada.

Al observar esta actitud de las tropas, Caamaño había tomado á trote largo el camino de Pátzcuaro. Márquez que, con una parte de la división de su mando, había salido de aquella ciudad, para apoyar el movimiento, ó mejor dicho, la defección, estaba situado en el cerro de Coporito, terrenos de

BIBLIOTECA ALFONSO GARCÍA
MEXICO, D.F.

Santa Clara. Al presentársele Caamaño, y sabiendo por boca de éste lo que había sucedido en Chucn, lleno de cólera le ofrecía la fuerza allí presente para que fuera á batir inmediatamente á los facciosos. Caamaño, profundamente abatido y avergonzado por lo que acababa de pasar, se excusó, y después de su llegada á Pátzcuaro, emprendió su marcha á la ciudad de México, á perderse en las obscuridades del imperio.

En cuanto á la división de Michoacán, corrió por un momento el peligro de quedar acéfala; empero Villada, con un rasgo atrevido de energía, se puso á la cabeza de los soldados y mandó tocar orden de marcha, que se emprendió en el acto hacia Ario.

Desde que se tuvo en esta población la noticia de que Caamaño se dirigía á ella, abandonando á Uruapan, el coronel Eguiluz, con la brigada de su mando, se había retirado á la hacienda del Tejamanil; el mismo día 14 reunió una junta de jefes y oficiales, y poniendo en conocimiento de ellos el rumor que ya corría como exacto de la defección del general en jefe de la división, les propuso que desconociendo la autoridad de éste, se pusieran á las órdenes del general D. Nicolás de Régules. Todos aceptaron con entusiasmo la idea, y protestaron seguir luchando, aun contra sus propios compañeros de antes.

Mientras esto pasaba en el Tejamanil, la división, conducida por Villada, había llegado á Ario.

Comenzaba ya á despertarse la ambición entre los jefes superiores que había en aquella tropa. Para evitar á tiempo los males consiguientes, Villada convocó una junta de honor que se celebró el día 15. En ella propuso que, conforme á la Ordenanza militar, el mando de la división debía conferirse al coronel D. Manuel García, que era el más antiguo entre los de la misma categoría que existían en aquella fuerza. Corría contra el mencionado coronel un viento de desconfianza, tanto por su amistad íntima con Caamaño, como porque se aseguraba que en sus opiniones políticas era más bien adicto á

las ideas conservadoras que á los principios republicanos. Villada acalló estos rumores, invocando la disciplina militar; expresando que si el ejército no había seguido á Caamaño, que tenía más prestigio, menos se dejaría arrastrar por García, y finalmente, que el mando de éste iba á ser interino, mientras se presentaba un jefe de mayor graduación ó el nombrado por el Cuartel General. García quedó, por de pronto, al frente de la división.

En cuanto á Villada, el Gobierno premió su lealtad y este importante servicio, ascendiéndolo á teniente coronel.